

El distintivo del cristiano

2ª Corintios

1.3–11; 7.5–16

Consolados por Dios

James Thompson

«Pero Dios [...] nos consoló con la venida de Tito» (7.6).

Entre los grandes temas de toda la Biblia, uno de los que más resalta es las buenas nuevas de que Jesús nos brinda alivio de las cargas de la vida. Por todo el Nuevo Testamento pareciera resonar el mensaje de que los cristianos han hallado «descanso para sus almas» (cf. Mateo 11.28–30). Los que «atan cargas pesadas» (cf. Mateo 23.4) que nadie puede llevar, son los legalistas, que imponen mandamientos que nadie puede cumplir. A otros los oprime el peso de la esclavitud que ejercen sus impulsos; no sucede así al cristiano, pues éste ha sido liberado de sus más bajos instintos. Este alivio de la carga es las buenas nuevas del cristianismo.

Por otro lado, al cristiano le sorprende el hecho de que el discipulado activo puede ser extremadamente gravoso. Entre mis recuerdos más antiguos se incluye el haber estado presente en discusiones sobre las muchas cargas que lleva aparejada la vida en la iglesia. Fueron momentos de tensión que se siguieron uno tras otro. Muchos de esos momentos dieron como resultado que algunos se desilusionaran. En otros casos, estaba la carga que significaba el estar dándole alimento espiritual a los que no parecían profundizar en su dedicación. He hablado con muchos cristianos activos que manifestaron sentirse desilusionados y angustiados por la pesada carga que los estaba presionando.

A menudo exageramos las cargas cuando nos imaginamos que somos nosotros los que estamos sosteniendo la iglesia sobre nuestros hombros del mismo modo que el mitológico Atlas de los griegos, al cual éstos se imaginaban cargando el mundo. No estamos solos en cuanto a sostener la iglesia, aun cuando nos parezca que sí lo estamos. Sin embargo la vida que se vive en la iglesia incluye el llevar pesadas cargas. Uno de los aspectos más frustrantes de esta experiencia es que tales cargas no brindan alivio alguno. Los problemas se suscitan a menudo repentinamente, y provienen de donde uno menos los espera. Entre éstos puede que se incluya la tensión que produce el tener diferencias sinceras de opinión, entre las cuales se pueden incluir diferencias sobre la ayuda dada a amigos muy queridos que tienen problemas personales. Las experiencias pueden dejarnos desgastados, dándonos cuenta, a la vez, de que no podemos marcharnos sin más. Así, las cargas que produce la vida que se vive en la iglesia, a menudo se apilan sobre nosotros, porque no vemos que llega el día en el cual ya no tengamos que luchar y podamos considerarnos jubilados. Esto es a menudo desilusionante para los que esperan que la vida cristiana signifique un liberarse de los problemas.

Según 2ª Corintios, el verdadero discípulo no

se desilusiona por las frustraciones que le produce el servicio activo. Entiende que estas cargas son parte de las «funciones inherentes al puesto» de siervo de Cristo. Cuando a Pablo lo emplazaron para que probara que él era «de Cristo» (10.7) o «cristiano», él respondió hablando de sus trabajos. No tuvo «reposo» en su espíritu (2.13), pues había una iglesia problemática que lo tenía pasando desvelos. Ciertas personas rebeldes le estaban causando tristeza (2.1–4). Encima de esto, se enfrentaba con el problema de tener que seguir adelante a pesar de la mala salud (12.7), del agotamiento y de la persecución. En un vívido trozo de su discurso, Pablo se refiere a una persecución tan cruenta que fue «abrumado sobremedida» y «aun [perdió] la esperanza de conservar la vida» (1.8). Era como si un peso había estado a punto de aplastarlo. El ministerio de Pablo no le había producido otra cosa más que cargas. No parecía llegar el día cuando podía dejar de luchar.

La sección introductoria de 2ª Corintios (1.3–11) está saturada de este tema. Pablo a menudo comienza sus epístolas con una acción de gracias que incluye referencias a los temas más importantes del libro (cf. Romanos 1.8–17; 1ª Corintios 1.4). La sección de «acción de gracias» de 2ª Corintios se refiere a la tribulación, un tema que se trata en todo el libro (1.4, 6, 8; 2.4; 4.17; 6.4; 7.4; 8.2, 13). También se hace una referencia a los padecimientos de los cristianos (1.5–6). Menciona además un tiempo cuando creyó que tuvo en él «sentencia de muerte» (1.9). No conocemos ninguno de los detalles relacionados con este incidente, pues Pablo lo incluye aquí tan sólo para recordarnos las cargas que lleva aparejadas el ser siervo de Cristo. Él les da a las epístolas el cariz que tendrán, por medio de llamar nuestra atención a las diversas cargas de la vida cristiana.

¿Por qué tendrá que ser «aplastante» el servicio que se da a Cristo? En 1.5, Pablo parece dar por sentado que sus lectores entienden que así es. Cuando dice: «Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo [...]», él está insinuando una verdad básica acerca de la vida cristiana, y ésta es que Jesús no «llevó la cruz Él solo». La NEB lo traduce correctamente de la siguiente manera: «Así como la copa de los padecimientos de Cristo se desborda, y nosotros padecemos con él [...]». Los «padecimientos de Cristo» no terminaron con la crucifixión. Ellos continuaron en la vida de Sus seguidores. Jesús les dijo una vez a Sus discípulos que ellos iban a tener que «[tomar su] cruz» para seguirlo (Marcos 8.34). En varias ocasiones, Pablo se refiere en términos

gráficos a «la participación de [los padecimientos de Cristo]» (Filipenses 3.10). A los gálatas les escribió: «[...] yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús» (Gálatas 6.17). A los colosenses, les escribió: «[...] cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo» (Colosenses 1.24). Por lo tanto, el servicio que se da a Cristo es gravoso porque los padecimientos de Cristo continúan en la iglesia. Cuando nos hacemos partícipes del dolor de otros, estamos participando de los padecimientos que Cristo comenzó.

Los que entre nosotros sentimos que las cargas de la vida que se vive en la iglesia son desilusionantes, podemos entender cuán realista es el hecho de que Pablo acepta su angustia por la causa de Cristo. Él no consideraba que las cargas que implicaba su actividad, echaran a perder el gozo de la vida cristiana. El gran peso que le significaba su «preocupación por todas las iglesias» (11.28) era una parte necesaria de la vida cristiana que incluía agotadoras cargas. Esta realidad nos lleva a preguntar: ¿En qué consisten, entonces, las buenas nuevas de la vida cristiana?

EL DIOS DE TODA CONSOLACIÓN (1.3)

El hecho que destaca acerca de las referencias que hace Pablo a las aflicciones y a las cargas de la vida cristiana, ¡es que él recuerda estos momentos de desesperación en 1.3–11, dentro de un contexto de acción de gracias! Cuando recordó tales momentos, no lo hizo con el propósito de informarnos de que el cristianismo puede ser gravoso, pues él comienza esta parte de su epístola con palabras de alabanza: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación». Hace hincapié en el poder y en la misericordia de Dios. La frase «Bendito sea el Dios» que se usa al comienzo de otras dos epístolas neotestamentarias (Efesios 1.3; 1ª Pedro 1.3), es una manera tradicional que tenían los judíos de expresarle gratitud a Dios (cf. 11.31; Lucas 1.68; Romanos 1.25; 9.5). Del mismo modo que Job respondió al dolor con la frase: «[...] sea el nombre de Jehová bendito», Pablo inicia su relato acerca de las cargas que llevaba, con palabras de acción de gracias.

Si nos preguntamos cómo fue capaz Pablo de resistir las cargas que su fe le producía, la respuesta se encuentra en su forma de ver a Dios, que para él era «el Dios de toda consolación» (1.3). La palabra «consolación» aparece más a menudo en 2ª Corintios que en todas las demás epístolas de Pablo juntas. En 1.3–8, la palabra aparece no menos de diez veces. No es casualidad que las palabras

acerca de la divina consolación aparezcan más a menudo precisamente en la carta en la que Pablo habla con mayor detalle acerca de sus tribulaciones por Cristo. Pablo puede soportar la tribulación porque Dios «nos consuela en todas nuestras tribulaciones» (1.4). Pablo no llevó sus cargas por sí solo.

Un antiguo tema de la Biblia es que Dios «nos consuela en todas nuestras tribulaciones». Por ningún lado insinúa la Biblia que la fe implica ausencia de dolor. Cuando Pablo se hizo cristiano, el Señor le dijo a Ananías: «[...] porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre» (Hechos 9.16). En el Antiguo Testamento, el pueblo de Dios a menudo experimentaba la desolación que los hacía temer que Dios estaba ausente o se ocultaba. Hubo un momento en el que Israel fue derrotada, y sus ciudades fueron dejadas en ruinas. Esto dice el texto bíblico: «No tiene quien la consuele [...] no tiene quien la consuele» (Lamentaciones 1.2, 9). Ella dice: «Por esta causa lloro; mis ojos, mis ojos fluyen aguas, porque se alejó de mí el consolador que dé reposo a mi alma [...]» (Lamentaciones 1.16).

En momentos de tragedia, el único que puede dar consolación es Dios mismo. El salmista dice: «Tu vara y tu cayado me consolarán» (Salmos 23.4, NASB). En uno de los más hermosos pasajes de las Escrituras, Dios habla a Su desolado pueblo, diciéndoles: «Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados» (Isaías 40.1–2).

Cuando Isaías contempla la desolación del pueblo, él anticipa el día en el que viene uno a «consolar a todos los enlutados» (Isaías 61.2). Cuando Pablo describe a Dios como el «Dios de toda consolación», él está recordando la historia de su pueblo. Dios no evitó el dolor, pero fue el Dios de consolación.

La palabra «consolación» se ha debilitado y degradado tanto que probablemente no captemos el espíritu triunfante de la descripción que hace Pablo de Dios, cuando dice que Él «nos consuela en todas nuestras tribulaciones». Puede que la palabra consolación nos recuerde nuestros esfuerzos por decirle palabras de consuelo a alguien que está sufriendo. También se oye hablar del «premio de consolación» que se ofrece a quienes no han tenido suerte en un reparto o en una competición. En la Biblia, «consolación» es mucho más que palabras tranquilizantes, mucho más que una palabra amable. La consolación de Dios es Su poder para fortalecer y salvar.

El anterior es el significado que se sugiere cuando el profeta se dirige a un pueblo desesperado, con las siguientes palabras: «Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo [...]» (Isaías 54.11). Más adelante dice: «[...] y le pastorearé, y le daré consuelo» (Isaías 57.18). La consolación de Dios es, por lo tanto, Su poder para salvar y sanar.

UN VÍVIDO RECUERDO (1.8–11)

Pablo tiene un vívido recuerdo de un momento de su vida, cuando Dios le ayudó. Se trata de una gran aflicción que sufrió en Asia (1.8). Fue «abrumado sobremanera» y perdió «la esperanza de conservar la vida». La imagen insinúa un buque de carga que ha sido sobrecargado. La «pérdida de esperanza» indicaba que llegó a reconocer que no le encontraba salida al dilema. De su propio ingenio, no podía encontrar una solución. Todas las cargas del ministerio estaban agotándole sus capacidades para sobrellevarlas. Tenía presente la prueba física y emocional de su ministerio: Enfermedad, dolor y angustia por las iglesias (cf. 5.4; 11.28). No había manera de que pudiera llevar la carga. Inexorablemente, ésta lo aplastaría.

Tal experiencia hizo que Pablo adoptara la perspectiva que lo llevó a describir a Dios como el Único que «nos consuela en todas nuestras tribulaciones» (1.4). Pablo no había contado anteriormente con la presencia fortalecedora de Dios. Pero en el momento en que perdió la esperanza, aprendió a confiar en el poder de Dios que resucita a los muertos, y no en sí mismo (1.9). El consuelo de Dios no se limitaba a palabras amables. Fue el poder que lo salvó de un peligro mortal y le dio fuerzas para continuar su ministerio. A partir de ese momento, Pablo descubrió que Él «aún nos librará» (1.10).

El cristianismo auténtico consiste en que estamos dispuestos a darle cabida a diversos problemas por causa de Dios. Pero, como Pablo nos recuerda, no confiamos en nosotros mismos. Nuestra fe nos habla acerca de uno que viene a nuestro auxilio cuando creemos que estamos «abrumados sobremanera». Es como Pablo dice más adelante: «[...] porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (12.10).

Nuestro ministerio a menudo fracasa porque no hemos estado dispuestos a tener una fe parecida a la de Pablo, fe que estaba puesta en Aquel que «nos consuela en todas nuestras tribulaciones». En algunos casos, hemos llevado adelante nuestro ministerio haciendo uso de nuestros propios recursos e ingenio, no dando cabida al poder consolador de Dios. El ministerio auténtico experimenta tanto las cargas como la consolación

divina. La ausencia de una de las dos anteriores hará ineficaz nuestro trabajo.

CÓMO HACER PARTICIPES DE CONSOLACIÓN A LOS DEMÁS (1.4–7)

La consolación de Dios se presenta de muchos modos. A Pablo se le presentó en una situación desesperada. Pero la consolación de Dios se presenta también por medio de otras personas. De hecho, el tema más importante de Pablo en la introducción de 2ª Corintios (1.3–7) es que él se convirtió en el agente de la presencia consoladora de Dios. Fue consolado por Dios con el propósito específico de consolar a otros: «[...] para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación» (1.4). Él sabe que él no es el único que ha estado desesperado; también hay otros que «sufren las mismas aflicciones» (1.6) que él padecía: aflicciones corporales, emocionales y espirituales. No había duda de que había otros que se beneficiarían al ser partícipes de las fuerzas que él recibió de Dios. Podían ver que era más fácil resistir sus propias tribulaciones si había otro que pudiera transmitirles la consolación que él ya había recibido.

Pablo sabía que Dios tenía un propósito para sus recientes tribulaciones. Él debía consolar a otros con la consolación que él había recibido (1.4). Con una llamativa expresión que aparece en 1.5, Pablo dice que tanto las aflicciones de Cristo como la consolación de Él, lo inundan hasta desbordar su capacidad (NIV). La imagen de «capacidad desbordada» insinúa que la iglesia es una comunidad en la que «ningún hombre es una isla». Nuestras cargas nos desbordan y pasan de uno a otro. Del mismo modo, nuestra consolación pasa a los demás para que seamos «compañeros» en la consolación (1.7). Si nos quedamos solos con nuestros problemas, podríamos fácilmente ser aplastados. Pero somos fortalecidos por otros en la iglesia cuya experiencia del pasado nos da esperanza.

Nuestro ministerio fracasa si dejamos que nuestra experiencia privada de frustración y angustia preocupe nuestro espíritu. La consolación de Dios nos llega a nosotros por medio de otros. Si nosotros, al igual que Pablo, hemos descubierto el poder de Dios en momentos de debilidad, hay que hacer partícipes a otros de esas buenas nuevas. Si nos sentimos «aplastados», necesitamos a los que puedan hacernos partícipes de la consolación que hayan recibido de Dios. La carga que lleva uno, puede al final cumplir un propósito útil para la comunidad entera. Es como Pablo lo dijo: «[...] si

somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación» (1.6).

OTRA EXPERIENCIA PERSONAL (7.5–16)

Pablo no todo el tiempo era fuente de consolación para otros; a veces él necesitaba la consolación que sólo otro cristiano podía darle. Hubo un tiempo en que él fue atribulado en todo, y en el que tuvo conflictos de fuera y temores de dentro (7.5). La situación de una iglesia aquejada de problemas aparentemente le había causado que pasara varios desvelos y lo había dejado desgastado emocionalmente: «[...] no tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito [en Troas]» (2.13). Una iglesia problemática había dejado a Pablo exhausto. El historial de descontento y de rebelión de ésta había hecho que pareciera que sus trabajos iban a resultar en nada.

No es nuevo que las iglesias tengan problemas. Detrás de la propia lucha de Pablo estaba la rebelión abierta de Corinto, que le había producido considerable tristeza (2.5). Los continuos problemas que había en Corinto le habían hecho desesperarse. No era que se había rendido, pues él tenía la esperanza de que Tito le trajera buenas nuevas de los corintios.

Las nuevas que le trajo Tito le produjeron un enorme gozo. Los corintios habían sido entristecidos hasta arrepentirse (7.9). La tristeza de ellos no había dado como resultado que se volvieran hostiles ni que abandonaran la fe, pues había sido «tristeza según Dios» (7.10). Pablo no habla a menudo del arrepentimiento que hayan tenido los cristianos. Este pasaje es un raro recordatorio de la convicción que tiene Pablo de que nuestros fracasos pueden llevarnos a la «tristeza según Dios» que produce arrepentimiento. Los que son causa de grandes dificultades, pueden cambiar.

La llegada de Tito fue la fuente de una nueva consolación para Pablo: «Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito» (7.6). Este incidente es un ejemplo de la manera como el pueblo de Dios sirve de mediador para darse consolación unos a otros. Pablo es consolado cuando Tito es consolado por el cambio operado en el corazón de los corintios. Los corintios pueden consolar a Tito, quien a la vez puede consolar a Pablo. El pasaje resuena de alivio y de gozo. En la vida cristiana hay más que cargas pesadas. Esto es lo que dice Pablo: «Ahora me gozo [...] porque fuisteis contristados para arrepentimiento» (7.9). Habla del gozo de Tito, cuyo espíritu fue también confortado (7.13).

Con las siguientes palabras concluye esta

sección: «Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros» (7.16). La angustia que causan iglesias aquejadas de problemas puede llevar a la desesperante sensación de que la vida que se vive en la iglesia implica una sucesión de dolorosas luchas. Sin embargo la vida que se vive en la iglesia supone muchísimo más que esto. Los vínculos del afecto proporcionan recuerdos de gozo y de fortaleza. Estos vínculos son a menudo lo bastante fuertes para hacernos olvidar los momentos desagradables. Tito informó del «afecto», del «llanto» y de la «solicitud» que los corintios manifestaron por Pablo (7.7). Mientras que los aspectos desagradables del pasado se habían olvidado, jamás iban a olvidar que su dedicación cristiana había producido la clase de afecto que procedía de los que eran compañeros en la aflicción. Aun Tito, que conoció a los corintios brevemente, fue conmovido por los nuevos vínculos de comunión. Pablo dice: «Y su cariño para con vosotros es aun más abundante, cuando se acuerda de la obediencia de todos vosotros, de cómo lo recibisteis con temor y temblor» (7.15).

CONCLUSIÓN

Si mi experiencia se parece en algo a la de la mayoría de los cristianos activos, podemos concluir que una dedicación activa a Cristo nos llevará a momentos de tensión por desacuerdos, a períodos en los que los dirigentes serán blanco de constantes críticas y a tiempos en los que la carga será aplastante. Recuerdo momentos en los que tuve desacuerdos sinceros con otros cristianos, y en los que mi trabajo con otros cristianos fue desilusionante. Pero los demás cristianos siempre fueron fuente de ánimo. Algunos a los que tratamos de animar, ¡al final nos animaron a nosotros! Si Pablo no podía ver más que la consolación de Dios en la venida de Tito, no hay duda de que nosotros podemos ver cómo Dios está activo en los que nos traen buenas nuevas.

Puede que Dios no proporcione un tranquilizante para aliviarnos la angustia que produce el ministerio, pero sí nos envía consolación de muchas maneras. La envía por medio de buenos amigos, de buenas nuevas y de la fortaleza que nos impide rendirnos por la desesperanza. ◆